



El miedo marca a las mujeres de Ciudad Juárez, especialmente a las que deben trasladarse de noche en transporte público. La mayoría de las víctimas desapareció al bajarse del camión en zonas apartadas y oscuras de la ciudad. Foto: AP

Una ciudad de orillas

Edificios vacíos y calles que se vacían con la noche, escenario ideal para asesinos

POR VANESA ROBLES

Su trabajo la pone en el mejor escaparate para los asesinos. El pensamiento es repugnante, pero cierto. Ajena, esquivo las mesas de los comensales. Le calculo unos 17 años de edad: delgada, bajita, labios carnosos. Debajo de la falda Sanborns se asoma el par de tenis toscos, calzado predilecto de los secuestradores. A muchas las encontraron maniatadas con las cintas de sus tenis.

No es la única. Parece que las muchachas con "alto perfil" se multiplican en Ciudad Juárez.

Por la noche Victoria Caraveo, líder de la organización Mujeres por Juárez, extiende sobre su mesa de cedro una colección de fotografías de las muchachas asesinadas y desaparecidas. "Míralas, qué bonitas. Son como primas ¿No?". Ahí está la mesera. O más bien todas se le parecen, y ella se quedó sirviendo tazas de café. Su turno termina a las ocho de la noche, pero los horarios son lo de menos en Ciudad Juárez. Cualquier minuto es perfecto para añadir a una mujer a la lista de desaparecidas. Casi nunca hay testigos, ni pistas, como si se las tragara la tierra.

La morfología de la ciudad ayuda poco para que las cosas sean diferentes. En el día, parece que un temblor desplomó la mitad del centro: orines y propaganda históricos han corroído cines, almacenes, casas abandonados, y al mismo tiempo por aquí y por allá las cantinas están llenas desde las nueve de la mañana, lo cual otorga a la ciudad el aspecto de una babel sin salida. En la noche la misma zona, salpicada por indigentes y los ebrios que llevan catorce horas de delirio, es terrorífica.

Es fácil llegar a las orillas de la metrópoli: fuera del centro todo es orilla. Hacia el norte está el raquítico caudal del río Bravo, bajo un puente de 300 metros que separa a Juárez de El Paso, Texas.

Hacia el sur, el este y el oeste, largos baldíos desérticos separan un barrio de otro y a menudo una casa de otra. Desde arriba Ciudad Juárez es un baldío sobre el cual han construido barrios mal trazados, sin pavimento y con poca luz, y se levantaron

decenas de "yonques" o deshuesaderos de autos.

Los juarenses saben lo que es vivir en el gran yermo. Espirales de alambre de púas custodian las azoteas. Las calles lucen vacías de peatones después de las ocho de la noche. Un taxista puede cobrar a una mujer 180 pesos por recorrer diez cuadras.

Ante el pandemónium, la risa. El 19 de abril pasado, el semanario cultural juarenses *El Reto*, publicó una columna de humor negro titulada "Diez razones para visitar Juárez": "3. Si eres mujer puedes participar en el juego 'Ni una muerta más', caminando por cualquier colonia periférica, parque industrial o antro y prepárate para la violación de tu vida [...] De ahí te llevarán a un paseo en algún auto Low Rider, te bajarán en las afueras, [...] te violarán de nuevo seis o siete individuos y si eso fuera poco, te apedrearán, o te ahorcarán y te extraerán tus órganos vitales, y si eres suertuda, en unos ocho meses alguien encontrará tu osamenta ¡Ah, pero quieres más! El comité de mujeres desaparecidas pintará una cruz rosa en un poste en tu honor (algo así como una estrella en el Paseo de la Fama) y el gobierno dirá que te lo buscaste por 'paseadora'".

La casa de Victoria Caraveo está lejos de esos peligros. Aunque exhibe un archivo mortuorio en su mesa de cedro, ahí dentro se está seguro. Caraveo vive en uno de los pocos barrios opulentos de la ciudad. Ella misma relata que fue un ama de casa indiferente, hasta 1998, después de un día el recibo de electricidad de su hogar llegó "terrible". Su causa hoy son las mujeres desaparecidas y después de tanto platicarlo, relata como algo natural la forma en que los asesinos arrancan a varias víctimas los pezones a mordidas.

En cuanto uno abandona aquella residencia todo se viene abajo: ahí está otra vez la cachetada de Ciudad Juárez, ese híbrido de abandono y celeridad. Ahí están los barrios pobres y mal iluminados. De ellos salen a trabajar cientos de mujeres como las que han desaparecido.

La misma Caraveo confesó antes que sus amigas la estimulan en la lucha, pero no se preocupan más. Las mujeres que mueren son sirvientas, o trabajadoras de la maquila. En todas las ciudades del mundo las sirvientas y las trabajadoras de maquila, y las meseras son reemplazables. ■

con exactitud los nombres y hasta cómo iban vestidas las víctimas, a pesar de haberlas visto hacía más de un año. Semejante esfuerzo mnemotécnico sería inútil, pues las jóvenes que confesaron haber matado y enterrado parecen no ser las muertas encontradas.

El subprocurador Élfego Bencomo asegura que en el expediente está la denuncia de "Luz", además de indicios materiales como pruebas de "cabello y fluidos corporales". Miente.

¿García y González son inocentes? Por la forma en que se llevó la investigación, cabe una sola respuesta: lo más seguro es que quién sabe.

PESQUISA BAJO LA LUPA

Las pesquisas y reportes oficiales dudosos son ya una característica de estos asesinatos. Basta un ejemplo. En noviembre de 1999 fue encontrado en Juárez el cadáver de una joven. La policía municipal dijo que el cuerpo era de una mujer de entre quince y 17 años y estaba desnuda "de la cintura para abajo". Los judiciales que examinaron el mismo cuerpo vieron algo muy diferente. Para ellos se trataba de una mujer de entre 45 y 50 años que traía "empalmados varios pantalones".

"Hemos encontrado situaciones muy traumáticas en otros países, pero lo ocurrido en Ciudad Juárez es intolerable, inaceptable y parece haber impunidad", resumió con dureza la relatora especial de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) para



MUERTAS EN JUÁREZ

¿GARCÍA Y González son inocentes? Por la forma en que se llevó la investigación, cabe una sola respuesta: lo más seguro es que quién sabe

la Mujer, Marta Altolaguirre, cuando visitó la zona, en febrero pasado.

Lo que para Altolaguirre es "aparente impunidad", para otros es una red de complicidades.

La red incluye a dos administraciones estatales de Chihuahua —la de Francisco Barrio, ex gobernador panista y la de Patricio Martínez, actual gobernador priista—, policías y narcotraficantes.

"Todo indica que estos crímenes tienen alguna forma de protección policiaca, y el gobierno panista habría solapado estos hechos", escribió en su columna "Día y Noche" del 10 de octubre de 1998 el periodista del diario *Reforma*, Sergio González Rodríguez, quien ha seguido el caso durante seis años.

En 1999, González obtuvo el testimonio de Víctor Valenzuela, ex "madrina" de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Chihuahua (PGJECH), quien afirma que el entonces director del Grupo Especial Antisecuestros de esa institución, Francisco Minjarez, y un policía municipal, Antonio Navarrete, protegen a los asesinos.

El ex subprocurador de Chihuahua Nahúm Nájera y un ex teniente de la Policía Municipal, Martín Salvador Arce, reforzaron que Minjarez defiende a judiciales implicados en crímenes, y Navarrete tiene vínculos con el narcotráfico.

"El secreto a voces en Ciudad Juárez es: 'Detrás de los asesinos de mujeres, hay una mafia con la que no hay que meterse'"

SIGUE EN PÁGINA 10 ►